

GONZALO DIAZ, un neoexpresionista probado, invita a penetrar y dejarse agredir por los distintos campos de fuerza que contiene su instalación de Galería Sur. En efecto, una sensación de peligro, inmediato y extremo, envuelve al espectador. El tendido eléctrico, la cañería de alta tensión, los cables tricolores, las tapas de madera que moldean la estructura arquitectónica delimitan el espacio y conducen a una zona de densidad más manifiesta. Así, férreos marcos metálicos y de leño aprietan un refrigerador alegórico, el muro, el paisaje. O sostienen, como una trampa, tres hachas que penden sobre el vacío. La pandereta de ladrillo aparece atravesada por un rayo fluorescente, mientras a la verde pintura del tren la hieren las hojas de siete cuchillos. Un metro de cálculo topográfico y niveles de lienza tratan de medir, de regular. A un lado, pliegos impresos proporcionan explicaciones varias. Pero es tarde, la fuerza trágica que de esta ambientación Díaz saca ha surtido ya su efecto sobre el visitante.

(W.S.)